

Osorio, Jorge y Rubio, Graciela

## *El deseo de la memoria. Escritura e historia*

Santiago de Chile, Escuela de Humanidades y Política, 194 pp.

---

Este libro no está escrito por dos autores, sino que reúne sus textos –dos plumas que se distinguen bien. Jorge Osorio y Graciela Rubio nos entregan aquí materiales de distinta índole: artículos de corte académico, apuntes o revisiones bibliográficas de inicio de investigación, notas con fines autoaclinatorios o que esperan una sistematización mayor, y propuestas. Todos ellos tienen la virtud del ensayo: el tono sugerente y la lucidez liberada del lastre de la excesiva erudición. Los problemas abordados en estos escritos son claramente dos: la labor que tendría una “pedagogía de la memoria” para una nueva ciudadanía y la escritura como campo de disputa de la historia y la memoria, o bien como campo de prueba de la experiencia de la temporalidad.

Respecto de la primera cuestión planteada –a partir de textos escritos principalmente por Osorio– se nos plantea la pedagogía de la memoria como un instrumento para la “ciudadanía memorial”, la que queda definida por su capacidad de “no fetichizar el presente”. A mi parecer es esta una propuesta de una tremenda potencialidad crítica, que recupera, bajo el ropaje de los discursos de la memoria, una vieja tradición (Marx) que apostaba por la historia como crítica de lo existente. El autor perdonará la reproducción de esta parte del texto en mi esfuerzo por evidenciar dicha ligazón: “En una sociedad en que el presentismo procura imponerse como vivencia simbólica de un *orden social natural*, que legitima las exclusiones y las ausencias de palabras centradas en lo humano, y por tanto ajustadas a un devenir y posibilidad de futuro. Un hoy, gobernado por un *presentismo comunicacional*, en el cual el instante de la imagen sin recuerdo ha contribuido a extender el presente hacia todos los planos, invadiendo los terrenos de espera y memoria; anulando sus manifestaciones y vitalidades; terminando con ello por erradicar la espera y anquilosar la memoria, paralizando la *utopía/deseo* y por lo tanto, emergiendo peligrosamente, la idea de que no hay nada que esperar. [...] Es allí donde la *pedagogía de la memoria* se configura desde la necesidad vital de buscar la felicidad, como proyección voluntaria de la *inteligencia deseosa*, que fundándose en una consideración humana y temporalizada del sujeto constructor de significado con otros, pueda facilitar los espacios para expresar las configuraciones de las identidades en devenir” (pp. 28-29)

De esta manera la propuesta –aunque los considera– va más allá de unos planteamientos, a estas alturas, bastante triviales y vaciados de sentido, como los del “deber de memoria”, “memoria para nunca más” y, en otro orden, el de la oposición entre historia, como saber de los dominadores, y memoria, como saber de los dominados. Planteamientos que, como recuerda el propio Osorio citando a Ricoeur, deben ser puestos en conexión con los contextos que los exigieron. Aplicados a cualquiera corremos el riesgo de dar pie a esa “fetichización” del presente contra la que debiera actuar la pedagogía de la memoria. Quizá la concesión a estos tópicos despotencien la propuesta crítica de esta “nueva” pedagogía. Pero valga una última observación sobre esta. La conexión arriba evidenciada no sólo pretende exhibir una “deuda” (¿qué planteamiento no la tiene?), sino también llamar la atención sobre lo “moderna” que sigue siendo. Sorprende en este sentido como contrasta con el primer texto del libro (“El tiempo de los sujetos: pedagogía de la memoria y democracia” de Osorio y Rubio) el prólogo escrito por Víctor Silva Echeto, proclamando entre otras cosas, la imposibilidad de algún “sujeto de la historia” o sujetos “vacíos de identidad” –reivindicando a cambio el “proceso” o el “puro devenir”. Digamos que hay un desajuste, algo que no se

entiende. Más allá de lo atendible de las críticas a las que aluden estas formulaciones, no encuentran un eco en la mayor parte de los textos que siguen.

El otro centro del libro, que reúne los textos abocados a la relación historia, memoria y escritura, está a cargo principalmente de Graciela Rubio. Dos trabajos exploran en este sentido, el primero dedicado a la obra de José Victorino Lastarria y el otro dedicado a la poesía de la poeta uruguaya Marosa di Giorgio.

El estudio sobre Lastarria llama la atención por constituirse en un caso muy claro de exclusión de la *doxa* por parte de la naciente disciplina histórica en Chile, sería un llamativo caso de sometimiento de un discurso por las lógicas del saber-poder. Lastarria daría curso a una escritura exigida por la acción política (liberal) que, consecuentemente, pone en primer plano un “yo memorial”: “¿Por qué no ha sido reconocido como un historiador más, si sus colegas entre los que podemos mencionar a Vicuña Mackenna, Amunátegui y Barros Arana, también fueron hombres múltiples, políticos, ministros, intendentes y escritores? Todos fueron hombres públicos que escribieron episodios de la Historia de Chile, ¿qué sucede con Lastarria entonces? Consideramos que, la obsesión narrativa que se proyecta desde el *yo memorial* en Lastarria, no constituye un recurso políticamente pertinente para la constitución argumental del Estado Nación y de la emergente historiografía decimonónica” (p. 60). Lo cual podría explicar el encasillamiento del autor en el campo de la literatura. La matriz teórica para pensar la memoria –individual en este caso– está tomada de *El recuerdo del presente* de Paolo Virno (Bs. As., Paidós, 2003), que en lo fundamental opone la facultad historizante del recuerdo del presente (memoria) a la cristalización de la época en curso, propia de una historiografía decimonónica que se deja leer como correlato del proyecto burgués, es decir, la asimilación del presente como una posibilidad más entre otras, lo que equivale a restarle su necesidad, o tal cual como lo aplica Rubio: “la memoria del sujeto, niega la habitual y absoluta argumentación y ordenamiento historicista del pasado, presente y futuro entendido como un orden ascendente y evolutivo” (p. 62).

No es tan fácil, en cambio, dar con el sentido o la propuesta que habría en el texto dedicado a Marosa di Giorgio. Se trata de una poesía que albergaría una temporalidad *otra* que la temporalidad de la modernidad (barroca, según la autora). Se trata de una poesía más oscura de la que uno está habituado. Rubio insinúa que habría un potencial crítico en ella, a la vez que una experiencia auténtica del devenir, lo que en términos lógicos se puede comprender, pero es difícil de proyectar: una manera de apropiarse el devenir distinta a como este “se presenta”, sería una forma de pensar por sobre la única posibilidad del *continuum* de la historia. Pero este potencial nunca ha de actualizarse en la medida que es “auténtico” (propio), que no puede comunicarse, mover a la acción en último término. Algo sobre lo cual sería lícito reclamar, en el contexto de la propuesta general del libro: la promoción de un ejercicio de la memoria que nos permita la constitución de sujetos, en una palabra: quebrar el presente.

Pablo Aravena Núñez  
CEHI, Universidad de Viña del Mar